

José Revueltas

El luto humano



Ediciones Era

Yo hubiera querido denominar a toda mi obra *Los días terrenales*. A excepción tal vez de los cuentos, toda mi novelística se podría agrupar bajo el denominativo común de *Los días terrenales*, con sus diferentes nombres: *El luto humano*, *Los muros de agua*, etcétera. Y tal vez a la postre eso vaya a ser lo que resulte, en cuanto la obra esté terminada o la dé yo por cancelada y decida ya no volver a escribir novela o me muera y ya no pueda escribirla. Es prematuro hablar de eso, pero mi inclinación sería ésa y esto le recomendaría a la persona que de casualidad esté recopilando mi obra, que la recopile bajo el nombre de *Los días terrenales*.

(*José Revueltas: entre lúcidos y atormentados*, entrevista por Margarita García Flores, *Diorama de la Cultura, Excélsior*, 16 de abril de 1972.)

La muerte estaba ahí, blanca, en la silla, con su rostro. El aire de campanas con fiebre, de penetrantes inyecciones, del alcohol quemado y arsénico, movíase como la llama de una vela con los golpes de aquella respiración última —y tan tierna, tan querida— que se oía. Que se oía: de un lado para otro, de uno a otro rincón, del mosquitero a las sábanas, del quinqué opaco a la vidriera gris, como un péndulo. La muerte estaba ahí en la silla.

—¡Dios mío, y sí! ¡Va a morir!

Dentro de algunos minutos abandonaría la silla para entrar bajo el mosquitero y confundirse con aquel pequeño cuerpo entre las sábanas. Si no por qué la respiración, si no por qué los golpes. Y la llama: el aire como llama, lenta, lenta, de un lado a otro, del quinqué a la ventana, del rincón a la pared, balanceando su masa atroz, precursora. Un cuerpo tan pequeño con una respiración tan grande para que la muerte entrara.

Su mujer, junto a la camita, volvió el rostro hacia él con una expresión aguda, inteligente de pesar.

La escena se hizo insoportable y él esperaba ya el estupor que todo aquello le causaría, la tontera terrible que se iba a meter dentro de su cerebro después. Entonces no pudo reprimir una mirada para ver si aún estaba ahí, en la silla; pero había desaparecido. Quizá nunca estuvo sentada, con su rostro blanco, y todo fue una visión; mas lo cierto era que, visión u otra cosa, había desaparecido.

Su mujer dejó oír algo como un ruido. Algo que no debía explicarse con la voz (debió haber dicho: “Ha muerto”).

y entonces él se pudo atrever ya a moverse de su sitio, y también junto a la cama, ahora, con sus propios dedos, intentó cerrarle los ojitos duros, de resorte. “Como los de una muñeca —se dijo—, sólo que más extraños.”

Comenzaba a sentirse tonto, tal como pensó en un principio que iba a estar, y sólo la conciencia de la estupidez era lo único inteligente que se movía aún en su cerebro opaco y sordo.

Siniestramente activa, su mujer amortajaba el cuerpecito muerto, llena de cariño, pero con una especie de trágica osadía, como si no tuviera el comedimiento necesario frente a un cadáver. Se volvió para mirar a su marido con ojos resueltos y bárbaros:

—¡No podrás negarte ahora!

Él no podía negarse ya, en efecto. Ni siquiera movió la cabeza como antes, terca y dubitativamente; se sentía tonto de tan triste. La muerte ya no estaba en la silla, pero tampoco, ¡oh Dios!, en aquel cuerpo fallecido. Porque la muerte no es morir, sino lo anterior al morir, lo inmediatamente anterior, cuando aún no entra en el cuerpo y está, inmóvil y blanca, negra, violeta, cárdena, sentada en la más próxima silla.

—Sí —dijo, pues ahora ya no le importaba ir por el cura—, iré a llamarlo . . .

Siempre un cura a la hora de la muerte. Un cura que extrae el corazón del pecho con ese puñal de piedra de la penitencia, para ofrecerlo, como antes los viejos sacerdotes en la piedra de los sacrificios, a Dios, a Dios en cuyo seno se pulverizaron los ídolos esparciendo su tierra, impalpable ahora en el cuerpo blanco de la divinidad.

—Iré —insistió—, cómo no voy a ir . . .

Aunque sus palabras tenían un hondo rencor que él advertía más allá de todo.

Quiso tomar su jorongo, porque afuera había norte y tempestad, y se dirigió a la alcayata que servía de percha.

Pensó entonces cómo habían luchado ella y él, rabiosamente, mientras agonizaba la niña. Él no había querido ir por el cura. Y no quiso a pesar de que aquello podría significar algo terrible y grande, vacío y sin esperanzas.

Pues tal vez no hubiese mentira. O de otra manera, quizá fuera verdad, y verdad palpitante e infinita, aquélla de los ojos bárbaros de su mujer exigiéndole que partiera en busca del sacerdote. Exigía con tal pavor furioso y terco, con un aire tal de condena en la mirada, que el rito, o mejor, el *sacramento* de la confesión dejaba de ser falso, volvíase misterio y verdad: devolver el alma a través de un hombre vivo y terrestre como un sacerdote, que no hace otra cosa que recibir en sus oídos humanos la narración definitiva, descomunal de los pecados. “Bien —logró pensar—, ¿y ella? ¿Por qué no fue ella misma?” Pero en seguida también alcanzó a comprender que ella estaba impedida; que ella no podía moverse cuando la muerte se hallaba tan cerca de la pequeña cama, ahí, en la silla. Porque entonces todo hubiese sobrevenido antes, durante el desesperado lapso en que la mujer, loca en medio de la noche, se empeñara en la búsqueda. No. El único capaz de traer los sacramentos, las cosas sacramentales, los rojos misterios católicos, el aceite sagrado, la estola ardiendo, era él, él, que permaneció fijo en su lugar mirando con atontada pena a la verde, a la azul muerte de la silla.

Hoy todo parecía inútil, y si él estaba equivocado, es decir si existía esa inmovilidad de tinieblas, ese vagar, sollozando, bajo la mirada de Dios, de que la Iglesia hablaba con tan recia y colérica fe, su hija sufriría incluso más que todo lo que ya había sufrido en la tierra.

—Si no hay más remedio, atravieso a nado el río. Al amanecer vendré con el cura, de todas maneras . . .

Su mujer lo había odiado por un instante, cuando la niña roncaba ya, sin remedio; mas con un odio de tal intensidad, tan enorme y duro, que aquel instante tuvo el valor de una vida entera, como si lo hubiese odiado por mil años.

Él iba por el cura con rabia. No podía existir la vida eterna, la muerte eterna; eterna, sin límites. Aunque en los ojos de su mujer sí existía esa vida eterna. Rabia de ir por el cura y de que la muerte, quizá, no tuviese fronteras, grande como un músculo de Dios. “De cualquier modo ya no podrá salvar su alma”, se dijo con pena, pensando en la niña muerta. Y tornaba a mirar las durísimas mandíbulas

de su mujer, que parecía creer en Dios con ellas y con su calidad de huesos cerrados. "Ella es Dios y ella es el sacramento. Dios existe tanto en ella como en mí no existe." Pero lo cierto es que no era Dios, sino otra cosa la que, bárbara, despiadadamente, estaba exigiendo ahí que aquella muerte pequeña, que aquel soplo evadido, fuese preparado, dispuesto sagradamente para el misterio.

Antes de salir sentóse por un momento en la misma silla donde estuvo la muerte, para observar todavía a su mujer, que había encendido unos cirios. Y de dónde cirios, como si los tuviera preparados desde mucho. Afuera soplaba el norte.

Después de amortajar el cuerpo, la mujer se sentó en un banquito y quién sabe por qué parecía de rodillas, pidiendo perdón, a tiempo que veía la frente encendida del cadáver. Encendida por una luz que le salía. Dios santo, si estaba muerta.

—Me iré a nado, si no hay más remedio —insistió él, de tan triste como estaba.

El norte daba golpes sobre la noche. Y el cielo no tenía luz, apagado, mostrando enormes masas negras que se movían espesamente, nubes o piedras gigantescas, o nubes de piedra.

Ya no decía nada con los ojos —de pronto vacíos, fijos— su mujer, ahí como un baúl de llanto; sólo una absurda soledad la envolvía con su velo húmedo. Había que ocuparse ahora de avisar a los vecinos, para que viniesen a velar y a beber, con sus flores amarillas y blancas, si había; que viniesen a decir:

—Ya sabes, Cecilia, cuánto lo sentimos. Úrsulo, recibe mi pésame por el angelito.

Angelito, angelita. Y Dios golpeando el cielo, la terrible bóveda oscura, sin estrellas.

Cecilia volvió su rostro maternal (tan maternal que ya de pronto él, Úrsulo, era como su propio hijo, como su propia hija, de mirada oscura y extraños párpados mortales):

—Ten cuidado con el río. Le tengo miedo —dijo.

Y después: